

humana. Cabría mencionar también un ensayo de Peter Sloterdijk inspirado en Arendt titulado *¿Dónde estamos cuando escuchamos música?* Sloterdijk apunta de modo estimulante que el pensamiento deriva del hiato, o mejor dicho emerge del mismo. Nos dice este pensador que el HIATO es la brecha que se abre entre ser humano y el entorno tan pronto como el individuo crítico hace uso de su competencia de problematización.

La vorágine de información que nos circunda, que nos arropa y, que literalmente nos asfixia, transcurre en un tiempo que puede ser cualificado como un tiempo acelerado que pareciese no tener un rumbo ordenado, totalmente di-sincrónico, lo que Byung Chul Han nombra como un tiempo atomizado, un tiempo de puntos entre los cuales se abre un vacío en el que no-pasa-nada. El tiempo de puntos, perforado, discontinuo no da cabida a la narración porque sencillamente ha quedado des-gravitizado ergo desprovisto de sentido alguno, donde el acontecimiento no encuentra lugar. En este tiempo desestructurado, atomizado todos los momentos son iguales entre sí, es una secuencia de instantes clonados, idénticos, con el mismo ADN temporal. Es un tiempo sin aroma. Esta idea de des-aromatización del tiempo de Chul Han se le puede comprender como una dispersión temporal sin fragancia alguna, que fragmenta nuestras identidades, las hace añicos y solo nos tenemos a nosotros mismos, embolsados en pupas narcisistas en la que el Yo pensante de cada uno se resuelve a sí mismo. Un yo autosuficiente es un yo desconectado del Otro, del mundo, de la vida. El Yo parece tener su existencia en el tiempo fragmentado.

Por el contrario, el tiempo mítico, el tiempo histórico muestra un continuum sin interrupciones, no deja agujeros, vacíos, se construye una continuidad y una tensión narrativa. Es un tiempo que se siente, se respira, se huele, tiene fragancia. Un tiempo con aroma. Un tiempo de vida y para la vida. Y es este tiempo, el tiempo de la Lectura.

La lectura tiene entonces aroma, está hecha al fragor de la tensión entre la voluntad del lector y el tiempo mismo para despojarlo de un trozo de tiempo. Asimismo, el tiempo de la lectura tiene su propio verbo 'leer'. El verbo leer no soporta el imperativo, como lo expresa Daniel Pennac, en su libro *Como Una Novela*, comparte la misma aversión con otros verbos como el verbo «amar»..., el verbo «soñar»...Claro que siempre se puede intentar.

Vamos: «¡Ámame!»

«¡Sueña!»

«¡Lee!» «¡Lee! ¡Pero lee!, pero lee, ¿Qué esperas para leer, caramba?»—¡Ve a tu cuarto y lee!

¿Resultado?

Absolutamente ninguno.

Me gustaría narrar sobre esta idea de la condición no imperativa del verbo leer. Una anécdota vivida en primera persona. A la edad de 7 años, mi padre un hombre practicante de la lectura, me llevó a una librería y dirigiéndose a un estante con forma de fuente, con su pedestal y tres cestas de metal repleto de libros de bolsillo, ¡qué tiempos aquellos! Recuerdo que el establecimiento tenía una oferta de esos pequeños libros. Mi padre tomó al azar algunos 10 ejemplares y me dijo: ¡vas a leer!...por cada uno que leas te pagaré 100 bolívares...sí, del billetico marrón de finales de los 70' con la impecabilidad de su valor nominal. Y yo lo miré y sin poder contrariar su oferta-mandato, respondí que sí lo haría. Muchachita al fin y al cabo, me simpatizaba la platica...hoy por hoy, también... bueno lo cierto es que me dieron mis 10 libritos y al llegar a casa echo el cuento de cómo me ganaría unos buenos 'realitos'. Hasta aquí todo parecía prometer. Fueron pasando los días y mi padre me preguntaba que si ya había leído alguno que le contara sobre que trataba para darme mi platica. Algo significativo sobre esta pequeña historia eran los títulos de los libritos: *La Brujería*, *Martin Lutero*, *Budismo ZEN*, *El Conde de Saint Germain*, *Los Gnósticos*. No sé, pero los títulos tampoco eran muy atractivos para una niña de escasos 7 años. Yo leía, cierto, pero me encantaban los Cuentos de Hans Christian Andersen, *El traje Nuevo del Emperador*, *El Ruiseñor*, *Los Zapatos Rojos*, *El Patito feo*, *La sirenita*, desde allí supe que Walt Disney no era su creador, *El caracol y el Rosal*, *Las cosas que vio la luna*. La lectura de esos textos yo la disfrutaba. Me fascinaba leer la Enciclopedia Quillet y la Combi Visual. Pero mi padre quería que yo desarrollara el hábito. En fin, para terminar de echarles el cuento, el tiempo fue pasando y mi padre nunca pudo darme los primeros 100 bs porque nunca leí ninguno de los libritos. El tema de la lectura es que no puede ser coercitiva, y por lo que les cuento tampoco negociada. Recordando la película protagonizada por Julia Roberts Comer, Amar y Rezar...podríamos decir, Leer, Escribir y Amar son acciones que no son producto de comandas sino que están envueltas en la magia del hedonismo, del placer, del goce en un tiempo de ocio, de contemplación. Son una fiesta.

El tiempo de la lectura es un tiempo disruptivo en tanto que emerge donde hay ya otro tiempo. El tiempo para leer es un tiempo que produce una interrupción súbita en la rutina de lo cotidiano. Leer tiene otra temporalidad distinta al tiempo del rendimiento, de la producción y del consumo. El tiempo para leer se demora. Se ralentiza. La demora pertenece a otra temporalidad no cuantificable, no medible.

Para ilustrar un poco, no sé si les habrá ocurrido que alguien les pregunte o Uds. hayan preguntado: ¿Cuánto te demoras? Generalmente, la respuesta es: No sé. No sabría decirte... Pareciese que la palabra 'demora' no fuese

cronometrable, cuantificable, calculable en términos crónicos. El demorarse requiere una recolección de otros sentidos.

Nos dice Daniel Pennac que el tiempo para leer, para escribir, al igual que el tiempo para amar, dilata el tiempo de vivir. Es como si al lector y al amante los moviese la misma pasión.

Por ejemplo, a nadie se le ocurriría hacer la pregunta ¿cuánto tiempo pasarás leyendo ese libro? Sería un desatino similar si preguntamos a alguien que esté enamorado...¿Cuánto tiempo piensas estar enamorado? Por supuesto, nadie en su sano o insano juicio de enamorado podría responder en cifras a esta pregunta.

Señala Pennac que el tiempo para leer, para escribir al igual que el tiempo para amar es un tiempo robado. ¡Si!. Es un tiempo rapiñado, birlado, arrebatado. Pero, ¿Robado a qué?. Digamos que robado al deber del vivir. Rapiñado a las obligaciones, birlado a la actividad rentable, arrebatado al mismo tiempo. El tiempo para leer siempre es tiempo robado. Al igual que el tiempo para escribir, o el tiempo para amar. Si tuviéramos que considerar el amor desde el punto de vista de nuestra distribución del tiempo, ¿qué arriesgaríamos? ¿Quién tiene tiempo de estar enamorado? Ahora, ¿Se ha visto alguna vez que un enamorado no encontrase tiempo para amar? Tanto el tiempo para la lectura como el tiempo para amar implican una cierta rudeza, una cierta violencia. Nadie te lo regalará, nadie te lo donará, nadie te lo prestará. Tú tienes que arrebatárselo al mismo tiempo. De este modo diríamos que ese tiempo para la lectura, para la escritura, para el amor es un tiempo 'a ratos'. ¿Qué es un rato? Para Larrosa: un rato es un tiempo indefinido, mas no infinito, es flexible, puede estirarse, puede encogerse. El tiempo para la lectura es un tiempo finito porque siempre 'nos falta el tiempo para leer'. Siempre añoramos un rato. Un rato es lo más parecido a un tiempo libre. ¿Que significa para nosotros 'tiempo libre'?

Recuerdo aquí, a mi amigo el Profesor José Natividad, El Pájaro, Bruzual quien en los 80' 90' se hizo célebre por sus preguntas filosóficas y realmente geniales. Brillantemente preguntaba ¿Qué es tiempo libre? Puso a muchos de cabeza. Cuenta esta simpática leyenda urbana, que el Profesor esperaba una respuesta que definiese 'tiempo libre', quizás con haber respondido tiempo libre es 'tiempo Oster' haciendo alusión a un eslogan de la marca en aquella época, según, habría sido acertada. Años después presumo haber podido medianamente comprender la profundidad de la pregunta: 'Tiempo libre' es tiempo que está fuera de la producción, del consumo, del rendimiento. El tiempo libre según Chul Han es también tiempo de producción y consumo, es el tiempo para reposar del trabajo, y luego seguir trabajando. Prefiere Han, a diferencia de Arendt, hablar de inactividad

contemplativa, esa que no significa 'no hacer nada' sino 'hacer para nada'. Sin teleología. Este filósofo distingue entre el observador como aquel que observa siempre teniendo un objetivo, y el pensador que piensa sin propósito alguno.

Si asumiésemos tiempo libre como un hacer sin propósito, desde esta perspectiva sería el tiempo para lo placentero, alejado de la obligación y el deber. Sin utilidad y funcionalidad. Es el tiempo que robamos de la rutina productiva, es tiempo de elogio a la inactividad, es tiempo para la demora, esa que no es otra cosa que la contemplación misma. Es tiempo para la fiesta.

A propósito de esta idea de fiesta, de goce, de disfrute, de contemplación el Libro del Génesis (2:2-3) en la Biblia dice:

Fueron, pues acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios el séptimo día la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al séptimo día, y lo santificó, porque en el reposó de toda la obra que había hecho en la creación'.

No significa el pasaje bíblico que Dios entró en letargo, que no hizo nada. Hizo algo diferente al resto de los días. Tomó tiempo para admirar y contemplar lo que había creado. Santificó el día a través de la contemplación, admirando su creación. El tiempo para leer es un tiempo para admirar, para contemplar.

Para Aristóteles, *schola*, *otium* en latín, es el tiempo del ocio que es el que conduce a la política. Se distingue del tiempo del trabajo que es el tiempo de la obligación, el tiempo del esclavo. Libertad se entendía en Grecia como la posibilidad de disponer de tiempo. El ocio como *schola* está más allá del trabajo y la no-actividad. Es una capacidad especial que debe ser educada. No es una práctica de «relajación» o de «desconexión». El ocio remite al pensar como *theorein*, como contemplación de la verdad. El ocio no tiene que ver con no hacer nada, sino que es más bien lo contrario. No está al servicio de la dispersión sino de la reunión.

José Luis Pardo nos comenta que "el hombre libre es aquel que siempre tiene un rato para lo que la libertad lo llama".

En la tradición Judeocristiana el mandamiento 'Santificarás las fiestas' significa según Agamben, en su texto *Desnudez* 'una modalidad particular del hacer y del vivir'. Agamben nos dice que hemos perdido nuestra capacidad de santificar las fiestas. Esta pérdida de la festividad la compara con aquella persona que quiere bailar sin escuchar la música.

Para los judíos el Shabat es el séptimo día de la semana que para la tradición judía y coincide con el sábado. Es un

día sagrado alejado del trabajo, y la celebración consiste en una cesación activa del trabajo llamada inoperosidad. Celebrar es descansar agradeciendo a Yahvé.

Para los cristianos el día de celebración, de fiesta es el domingo. Es el día para agradecer, cultivar el espíritu, es un distanciamiento de lo rutinario del mundo y un acercamiento a Dios, para honrarlo.

Para Byun chul Han en su ensayo *La Vida Contemplativa* “la acción es constitutiva de la historia, sin duda, pero no es una fuerza formadora de cultura. El origen de la cultura no es la guerra, sino la fiesta; no es el arma, sino el adorno”.

La lectura es generadora de cultura. Es una fiesta, es una praxis de duración. Genera otra temporalidad, pero además tiene sus propios espacios.

El mundo de hoy padece una alarmante pérdida de lo simbólico. La percepción simbólica migró a la percepción serial. Lo que predomina es comunicación sin comunidad. Han lo señala en otro maravilloso ensayo *La Desaparición de los rituales*. Nos dice que los rituales están desapareciendo. Se extinguen los ritos y las ceremonias que son los que dan estabilidad a la vida humana.

Pudiéramos decir entonces que la lectura es una práctica ritual que se estaría perdiendo. La lectura al igual que otros rituales concede estabilidad a la vida.

El Smartphone, por ejemplo, extraordinariamente útil en nuestro presente, pero es un dispositivo que no permite la duración, la demora, que no es igual a estar adheridos a su pantalla por horas consecutivas, sino que sus contenidos mediáticos son volátiles, efímeros. Se desintegran, se licuefacionan, para decirlo con Bauman.

El Smartphone, a diferencia del libro nos mete presión, nos angustia, nos da la falsa percepción de estar disfrutándolo, pero la adicción a los reels, al updating de contenidos, a los ‘me gusta’, son modos de desestabilizar la vida. Hoy por hoy, una forma más de trabajo y de generar dinero. El régimen digital, a diferencia del régimen terrenal, no permite la ritualización por su volatilidad.

Las prácticas rituales, por el contrario, se encargan de que sintonicemos bien con las personas y con las cosas. La lectura como práctica ritual está asociada a la ‘repetición’, y la repetición llega al corazón. La repetición permite que la atención se estabilice y se haga más profunda. Hoy es muy frecuente ver niños con la condición denominada déficit de atención, hiperactividad, etc. Consecuencia, quizás, de habernos transmutado en seres des-ritualizados. La repetición se distingue de la rutina por su capacidad de generar intensidad.

La lectura está asociada a la repetición. La lectura en acto se caracteriza por una intensidad sísmica.

Le escuché a Jorge Larrosa decir: ‘un libro que no merece ser releído, jamás mereció ser leído’. No recuerdo con exactitud de quien es realmente la idea, pero es

innegable que hay libros con una magia muy peculiar. Tal como dice una escritora japonesa, cortesana Sei Shonagon en su texto *El Libro de la Almohada*, cuando lista las cosas del corazón: la segunda visita de un amante es lo más deleitable que existe. Yo comparto su afirmación. Si la primera te hizo ver estrellas, la segunda visita resultará aún más emocionante, son las ganas de repetir. Así pasa con los libros, leerlos, releerlos, volver a ser visitados por ellos. Nos comportamos como amantes. Tanto que encontramos placer en dejarlos por un tiempo y leer otro.

Kierkegaard, en su texto *La repetición*, nos dice que la repetición y el recuerdo representan el mismo movimiento, pero en sentido opuesto. Lo que se recuerda es pasado, «se repite en sentido retroactivo», mientras que la auténtica repetición «recuerda hacia adelante». La repetición como reconocimiento es por tanto una forma de cierre. Pasado y futuro se fusionan en un presente vivo. En cuanto forma de cierre, la repetición genera duración e intensidad. Se encarga de que el tiempo se demore.

Rescato aquí una idea que dejé huérfana en líneas anteriores. La lectura en acto tiene sus tiempos, pero también tiene sus espacios, sus lugares.

¿Cuáles serían los espacios para la lectura en acto? ¿Existen realmente lugares con coordenadas precisas para leer?... ¿Será que así como robamos tiempo también tendremos que robar lugares? En atrevida sentencia, yo diría que sí. Nuevamente la rudeza, la violencia son necesarias para encontrar un lugar para leer. Los lugares ideales para la lectura en acto existen, ciertamente, pero la mayoría de las veces no están fácilmente a nuestra disposición por razones variopintas. ¿Quién no añora un jardín, un vergel secreto? Un vergel de ensueño, ignoto, escondido del mundanal ruido? Sería un lugar épico para la lectura, pero muchas veces no lo tenemos. Por eso cualquier lugar se advierte bueno para leer cuando las ganas se juntan...

Larrosa habla de esos lugares como campanas de vacío, capsulas atencionales. Es como si el lector y el libro constituyesen en cualquier lugar en el que estén una sinergia, un espacio que funciona como domo o bóveda que los separa del mundo exterior. Dentro de esas cápsulas o domos de lectura pasan cosas. Gilles Deleuze en su libro *Conversaciones* nos habla de ‘vacuolas de soledad y silencio’, que deberíamos poner a disposición para ‘llegar a tener algo que decir’. Se refiere a la tranquilidad de no decir nada...condición para decir algo que merezca ser dicho. Allí el lector se regocija en su soledad, lo envuelve la fascinación aun cuando, yo preferiría la palabra soledad de Merleau-Ponty. Estar en soledad describe más ese estado de estar solo y querer compañía. Soledad se me asemeja más a un deseo natural de estar solo ignorando que se está, pues ‘no estamos auténticamente solos mientras no lo sepamos’, dice Merleau-Ponty. María Zambrano

en su texto ¿Por qué se escribe? nos dice que escribir ‘es defender la soledad en la que se está...es una acción que solo brota desde un aislamiento efectivo...un aislamiento comunicable...’ Más adelante señala...‘salvar las palabras de su vanidad, de su vacuidad, endureciéndolas, forjándolas perdurablemente, es tras de lo que corre, aun sin saberlo, quien de veras escribe’.

Leer y escribir son el mismo gesto. Muchos pensadores abordan el tema del leer, del escribir, del pensar partiendo de una pregunta. Estos gestos humanos se presentan envueltos en un velo de misterio, ese que, qué se yo del que nadie pudiera decirlo todo. Incluso, muchas no habría nada que decir, Además, quien lee, quien escribe siempre lo hace ignorando algo, desconociendo ese enigma que significa leer y escribir. Más que para saber, el leer y el escribir trascienden la lógica cognitiva de la acumulación de información para tener como condición no saber que son estas acciones en sí mismas. Queda en el aire la sospecha de que si lográsemos saberlo se perdería su propia magia.

Para Arendt el lugar del pensar se llama hendidura, espacio atemporal, lugar del espíritu. El pensar y el leer comparten los mismos tiempos y los mismos lugares. Leer y pensar no podrían ser jamás un estar solo, en ambos se establece un diálogo, en modo casi de oxímoron lo dice Zambrano: ‘un aislamiento comunicable con el mundo’. Claro, primero debes separarte de tu micro-mundo más próximo, sólo de esa manera abrirás la puerta hacia otros mundos. Mundos donde encuentras otros seres con quienes puedes mediar no siempre solo palabras. Si, incluso el silencio puede llegar a decirte algo o prolongar su mudez.

No hay nada más extraño y bizarro que alguien leyendo. En cualquier tiempo, en cualquier lugar. Alguien leyendo en el banco de una plaza, en la sala de espera de un aeropuerto, en un consultorio, en el retrete, incluso alguien leyendo en una Biblioteca se ha tornado algo inusitado. En mi país hasta resulta extraña una Biblioteca. Aquí se construyen con mucha fanfarria Estadios Monumentales. Pero nos hemos subjetivado crueles. Pasar y ver la ‘agonía’ de un cadáver en proceso de descomposición, siendo tan solo una osamenta, no conmueve a muchos. ¡Cuánto me dueles Biblioteca “Julían Padrón”!¹ Lo cierto es que siempre un lector junto a su libro en franco mirarse mutuamente, el uno al otro, será visto tal cual si viésemos a alguien dándose una ducha en medio del desierto. Este mirarse entre el lector y el libro me recuerda el aforismo 146 de Nietzsche en su libro *Más allá del bien y del mal* “quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti”. La lectura también tiene sus peligros. Pudiera ser el

¹Biblioteca histórica de Maturín, recientemente desaparecida, cuyo edificio existe como ruina en esta ciudad. Nota de los editores

tema para otra conversación. La percepción que circunda al lector es profundamente disímil, pero siempre causa sorpresa. Para unos es una persona que debe tener mucho conocimiento, un ‘sabelotodo’. Solo una cándida presunción en muchos casos, pero su mayor rareza está en poder quebrar la linealidad de lo cotidiano, de aparecerse como algo no-natural, sacado de orden, no perteneciente al paisaje y ser capaz de leer. De exponerse leyendo. No es menos cierto que alguien que lee inspira respeto a quienes le observan, si es que antes no lo tildan de orate... se siente en el ambiente la prudencia de ‘no perturbarle’ mientras esté dentro de ese domo de lectura construido ad hoc. A mí me pasa lo contrario, cuando leo parece que todo el mundo se dispusiera a la interrupción, comienzan a crujiir puertas, se caen los trastes, alguien se antoja de hacer gargarismos, un ataque de tos repentino, suena el celular, llaman a la puerta par de cristianos, en fin, toda una rebelión en la granja. Pero, hoy les digo convencida, tenemos que robarnos el tiempo y también el espacio para la lectura.

Ya finalizando, pongo a circular unas palabras muy hermosas de Fernando Bárcenas en su libro *El eterno Aprendiz*:

[... Y en el medio naturalmente la vida. El aprendiz es un animal que lee, escribe, aprende y enseña, pero también sufre, desea, se estremece, tiembla, tose, sonrío, llora, se cansa, respira, fracasa, se abotona, se aleja, se enamora y, como todos, siente la densidad de su propio cuerpo, el peso de su propio mundo y el aliento de su propia muerte. El aprendiz vive como lee y escribe, sin por qué, para sentirse viviendo, gozosa y dolorosamente viviendo.

Me gustaría cerrar este episodio con la misma disposición con la que la que hice la apertura: Agradeciendo.

Nuevamente Agradezco a Rudy Mostaceros por tanta dedicación.

A los compañeros del CETEX por haber sido hojas en el árbol de mi vida, cada una, una historia al viento.

Agradezco a mis amigas por robarle tiempo a su tiempo para juntarnos a leer y tomar café.

Para finalizar, quiero decirles que quien tiene buenos libros no necesariamente tendrá buenos amigos, pero lo que sí puedo asegurarles es que quien tiene buenos amigos tendrá buenos libros...Gracias, Dr. Pachas, Carmen, Luis Manuel, a todos por quererme, amante de los libros.

MUCHAS GRACIAS.

Maturín, 17 de Abril de 2023.

Sala de Conferencia del IPASME.